

éste queria que aquel continuara, se lo rogué y continuó de esta suerte.

Dije, señor, prosiguió el misántropo, que tengo razon para aborrecer entre los hombres en primer lugar á mi padre y á mi madre. ¡Tales fueron conmigo de ingratos y desconocidos! Mi padre fué el marqués de Baltimore, sujeto bien conocido por su título y su riqueza.

Este infame me hubo en Doña Clisterna Comoëns, oriunda de Portugal. Esta era hija de padres muy nobles, pero pobres y virtuosos. El inicuo marqués enamoró á Clisterna por satisfacer su apetito, y ésta se dejó persuadir mas por su locura que por creer que se casaria con ella el marqués; porque siendo rico y de título, no era fácil semejante enlace, pues ya se sabe que los ricos muy rara vez se casan con las pobres, mucho ménos siendo aquellos titulados. Ordinariamente los casamientos de los ricos se reducen á tales y tan vergonzosos pactos, que mas bien se podrian celebrar en el consulado por lo que tienen de comercio, que en el provisorato por lo que tienen de sacramento. Se consultan los caudales primero que las voluntades y calidades de los novios. No es mucho, segun tal sistema, ver tan frecuentes pleitos matrimoniales originados por los enlaces que hace el interés y no la inclinacion de los contrayentes.

Como el marqués no enamoró á Clisterna con los fines santos que exige el matrimonio, sino por satisfacer su pasion ó apetito, luego que lo contentó y ésta le dijo que estaba grávida, buscó un pretexto de aquellos que los hombres hallan fácilmente para abandonar á las mujeres, y ya no la volvió á ver ni á acordarse del hijo que dejaba depositado en sus entrañas. ¿A este cruel podré amarle ni nombrarlo con el tierno nombre de padre?

La tal Clisterna tuvo harta habilidad para disimular el entumecimiento de su vientre, haciendo pasar sus bascas y achaques por otra enfermedad de su sexo, con los auxilios de un médico y una criada que habia terciado en sus amores.

No se descuidó en tomar cuantos estimulantes pudo para abortar; pero el cielo no permitió se logran sus inicuos intentos.

Se llegó el plazo natural en que debia yo ver la luz del mundo. El parto fué feliz porque Clisterna no padeció mucho, y prontamente se halló desembarazada de mí y libre del riesgo de que, por entónces, se descubriera su liviandad. Inmediatamente me envolvió en unos trapos, me puso un papel que decia que era hijo de buenos padres y que no estaba bautizado, y me entregó á su confidenta para que me sacara de casa. ¿Merecerá esta cruel el tierno nombre de madre? ¿Será digna de mi amor y gratitud? ¡Ah, mujer impía! Tú con escándalo de las fieras y con horror de la naturaleza apenas contra tu voluntad me pariste, cuando me arrojaste de tu casa. Te avergonzaste de parecer madre; pero depositaste el rubor para serlo. Ningun respeto te contuvo para prostituirte y concebirme; pero para parirme ¡cuántos! para criarme á tus pechos ¡qué imposibles! Nada tengo que agradecerle, mujer inicua, y mucho porqué odiarte miéntras me dure la vida, esta vida de que tantas veces me quisiste privar con bebedizos . . . pero apartemos la vista de este mónstruo, que por desgracia tiene tantos semejantes en el mundo.

La bribona criada, tan cruel como su ama, como á las diez de la noche salió conmigo y me tiró en los umbrales de la primera accesoria que encontró.

Alli quedé verdaderamente expuesto á morir de frio, ó á ser pasto de los hambrientos perros. La gana de mamar ó la inclemencia del aire me obligaban á llorar naturalmente, y la vehemencia de mi llanto despertó á los dueños de la casa. Conocieron que era recién nacido por la voz: se levantaron, abrieron, me vieron, me recogieron con la mayor caridad y mi padre (así lo he nombrado toda mi vida), dándome muchos besos, me dejó en el regazo de mi madre, y á esa hora salió corriendo á buscar una chichigua.

Con mil trabajos la halló; pero volvió con ella muy contento.



A otro dia trataron de bautizarme, siendo mis padrinos los mismos que me adoptaron por hijo. Estos señores eran muy pobres, pero muy bien nacidos, piadosos y cristianos.

Avergonzándose, pidiendo prestado, endrogándose, vendiendo y empeñando cuanto poco tenían, lograrne criarme, educarme, darme estudios y hacerme hombre; y yo tuve la dulce satisfacion, despues que me ví colocado con un regular sueldo en una oficina, de mantenerlos, chiquearlos, asistirlos en su enfermedad, y cerrar los ojos de cada uno con el verdadero cariño de hijo.

Ellos me contaron del cruel marqués y de la impía Clisterna todo lo que os he dicho, despues que al cabo de tiempo lo supieron de boca de la misma criada, de quien tan ciega confianza hizo Clisterna. Al referírmelo me estrechaban en sus brazos: si me veían contento, se alegraban: si triste, se compungian y no sabian cómo alegrarme: si enfermo, me atendían con el mayor esmero, y jamás me nombraron sino con el amable epíteto de hijo, ni yo podía tratarlos sino de padres, y de este mismo modo los amaba. . . . ¡Ay, señores! ¿y no tuve razon de hacerlo así? Ellos desempeñaron por caridad las obligaciones que la naturaleza impuso á mis legítimos padres. Mi padre suplió las veces del marqués de Baltimore, hombre indigno no solo del título de marqués, sino de ser contado entre los hombres de bien. Su esposa desempeñó muy bien el oficio de Clisterna, mujer tirana á quien jamás daré el amable y tierno nombre de madre.

Cuando me ví sin el amparo y sombra de mis amantes padrinos, conocí que los amé mucho y que eran acreedores á mayor amor del que yo fui capaz de profesarles. Desde entónces no he conocido y tratado otros mortales mas sinceros, mas inocentes, mas benéficos ni mas dignos de ser amados. Todos cuantos he tratado han sido ingratos, odiosos y malignos, hasta una mujer en quien tuve la debilidad de depositar todos mis afectos entregándole mi corazón.

Esta fué una cruel hermosa, hija de un rico, con quien tenia celebrados contratos matrimoniales. Ella mil veces me ofreció su corazón y su mano: otras tantas me aseguró que me amaba y que su fé seria eterna; y de la noche á la mañana se entró en un convento, y perjura indigna ofreció á Dios una alma que habia jurado que era mia. Ella me escribió una carta llena de improperios que mi amor no merecia: ella sedujo á su padre, atribuyéndome crímenes que no habia cometido, para que se declarara, como se declaró, mi eterno y poderoso enemigo; y ella, en fin, no contenta con ser ingrata y perjura, comprometió contra mí á cuantos pudo para que me persiguieran y dañaran, contándose entre éstos un D. Tadeo hermano suyo, que afectándome la mas tierna amistad, me habia dicho que tendria mucho gusto en llamarse mi cuñado. ¡Ah crueles!

Miéntras que el misántropo contaba su historia, advertí que mi cajero lo atendia con sumo cuidado, y desde que tocó el punto de sus mal correspondidos amores, mudaba su semblante de color á cada rato, hasta que no pudiendo sufrir mas, le interrumpió diciéndole: Dispense vd., señor, ¿cómo se llamaba esa señora de quien vd. está quejoso?—Isabel.—¿Y vd.?—Yo, Jacobo, al servicio de vd.

Entónces el cajero se levantó, y estrechándolo entre sus brazos le decia con la mayor ternura: buen Jacobo, amigo desgraciado, yo soy tu amigo Tadeo, sí, yo soy el hermano de la infeliz Isabel tu prometida amante. Ninguna queja debes tener de mí ni de ella. Ella murió amándote, ó mas bien, murió en fuerza del mucho amor que te tuvo: yo hice cuanto pude por informarte de su suerte, de su fallecimiento y constancia; pero no fué posible saber de tí por mas que hice.

Cuanto padeciste tú, mi hermana y yo, fué ocasionado por el interés de mi padre, quien por sostener el mayorazgo de mi hermano Damian impidió el casamiento de Isabel, forzó á Antonio á ser clérigo, y á mí me dejó pereciendo en compañía de mi in-



felice madre que Dios perdone. Con que no tengas queja de la pobre Isabel, ni de tu buen amigo Tadeo, que quizá la suma Providencia ha permitido este raro encuentro para que te desagravie, te alivie y recompense en cuanto pueda tu virtud.

A todo esto estaba como enagenado el misántropo, y yo, acordándome del cuento del trapiento, y oyendo que el dicho cajero no se llamaba Hilario sino Tadeo, y que concordaba bien cuanto me contó aquel con lo que éste acababa de referir, le dije: D. Hilario, D. Tadeo ó como vd. se llama: dígame vd. por vida suya y con la ingenuidad que acostumbra, ¿se ha visto vd. alguna vez calumniado de ladron? ¿Ha vivido en alguna accesoria? ¿Ha tenido ó tiene mas hijos que la niña que me dice? Y por fin, ¿se llama Tadeo ó Hilario? Señor, me dijo: me he visto calumniado de ladron, he vivido en accesoria, he tenido dos niños á mas de Rosalía, que han muerto, y en efecto me llamo Tadeo y no Hilario.

—Pues sírvase vd. de decirme cómo fué esa calumnia.—Estando yo una tarde, me dijo, parado en un zaguán cerca del Factor y en el pelaje mas despreciable, un mocetoncillo que iba con unos soldados se afirmó en que yo le habia dado á vender una capa de golilla, que resultó robada, con la que se habian robado unos libros, una peluca y qué sé yo mas. Los soldados me llevaron ante el juez, éste por fortuna me conocia y á toda mi familia: sabia cuál era mi conducta y la causa de mis desgracias, y no dudó asegurar que estaba yo inocente, y prometió probarlo siempre que se le manifestara al que me calumnió; pero esto no pudo ser, porque los soldados ya lo habian soltado: con esto me dejaron en libertad.

¿Y qué hizo vd. D. Tadeo, le pregunté; llegó vd. á ver á su calumniador? ¿Supo quién era? Y si lo vió ¿qué hizo para vindicarse? Es regular que lo pusiera vd. en la cárcel. No señor, me dijo: pasó en la misma tarde por mi casa, lo conocí, lo metí en ella, y cuando lo conocí de que era hombre de bien, lo hospedé en mi

casa esa noche, mi madre le curó unas ligeras roturas de cabeza y lo dejó ir en paz.

¿Y cómo se llamaba ese pícaro que calumnió á vd.? le pregunté, y D. Tadeo me contestó que no lo sabia ni se lo habia querido preguntar. Entónces yo lleno de júbilo, que no soy bastante á explicar, me abracé de D. Tadeo, y el misántropo satisfecho del buen proceder de su amigo, y creyéndome algo bueno, se abrazó de nosotros, y en un nudo que expresaba el cariño y la confianza, se enlazaron nuestros brazos: nuestras lágrimas manifestaban los sentimientos de la gratitud, la reconciliacion y la amistad, y un enfático silencio aclaraba elocuente las nobles pasiones de nuestras almas.

Yo, ántes que todos, interrumpí aquel éxtasis misterioso, y dije á Tadeo: yo, yo soy, noble amigo, aquel mismo que cuando me prostituí agravíé á vd. imputándole un robo que no habia cometido: yo soy á quien benefició el extremo de su caridad: yo quien sé todas sus desgracias: yo quien lo he tenido por mi sirviente, y yo, por último, soy quien tendré por mucha honra que desde hoy me asiente entre sus amigos.

Esta mi sincera confesion no hizo mas que confirmar á aquellos señores en que yo era hombre de bien á toda prueba, y así despues de que mas despacio nos contamos nuestras aventuras, confirmamos nuestras amistades y juramos conservarlas para siempre.

El misántropo enteramente mudado, dijo: cierto, señores, que tengo mucho que agradecer á mi caballo, porque me condujo á un pueblo adonde yo no pensaba venir..... pero ¿qué hablo? Al cielo, á la Providencia, al Dios de las bondades es á quien debo agradecer semejante impensado beneficio. Por uno de aquellos estudiados designios de la Deidad, que los hombres necios llamamos contingencias, se desbocó mi caballo á tiempo que vdes. me vieron y porfiaron por traerme á su casa, en donde he visto el desenlace de mis desgracias con una felicidad no espe-



rada; pues es felicidad satisfacerme, aunque tarde, de la constante fidelidad de mi amada y de mi buen amigo Tadeo. Ya conozco que es un desatino aborrecer al género humano por las ingraticudes de muchos de sus individuos, y que por mas inícuos que haya, no faltan algunos beneméritos, agradecidos, finos, leales, sensibles, virtuosos y hombres de bien á toda prueba. Es menester hacer justicia á los buenos por mas que abunden los malos. Yo lo conozco, y en prueba de ello, pido á vdes. que me perdonen del loco concepto que me debian.

Deja eso, dijo Tadeo, yo he sido, soy y seré tu amigo miétras viva. Estoy persuadido de que la misma bondad de tu genio, tu sencillez, tu sensibilidad y tu virtud te hicieron creer que todos los hombres se manejaban como debian, segun el orden de la razon, y habiendo experimentado que no era así, incurriste en otro error mas grosero, creyendo que no habia hombre bueno en el mundo, ó cuando ménos, que éstos eran demasiado raros, y segun esta equivocacion, no era muy extraña tu misantropía; pero ya ves que no es como lo has pensado, y que susceptible al error, creiste que yo é Isabel te fuimos ingratos, al mismo tiempo que ésta murió por amarte, y yo no he perdonado diligencia por saber de tí y confirmarte en mi amistad.

Yo tambien pensaba que los hombres prostituidos al vicio jamás podian mudar enteramente de conducta: creia que conservando los resabios del libertinaje, les seria muy difícil el sujetarse á la razon y ser benéficos, y hoy con la mayor complacencia me ha desengañado mi amo y mi amigo D. Pedro, cuya conducta en el tiempo que le he servido me ha edificado con su arreglo.

Calle vd. Sr. D. Tadeo, le dije, no me avergüence recordando mis extravíos y elogiando mi debido proceder. Mucho ménos me trate de amo sino de amigo, de cuyo título me lisongeo. Yo acomodé á vd. en mi servicio sin saber quién era, y en el tiempo que me ha acompañado tengo hartos que agradecerle. En este

tiempo todas han sido felicidades para mí, siendo la última, el feliz encuentro y satisfaccion del caballero D. Jacobo.

No es la última felicidad que vd. sabe, me dijo mi cajero; aun resta otra que vdes. dos escucharán con gusto. Oigan esta carta que acabo de recibir. Dice así:—“Sr. D. Tadeo Mayoli,—México, 10 de Octubre, etc.: Mi amigo y señor: Ha fallecido su hermano de vd. el Sr. D. Damian, y debiendo recaer en vd. el mayorazgo que poseia por haber muerto sin sucesor, la real audiencia ha declarado á vd. legitimo heredero del vínculo, por lo que, despues de darle los plácemes debidos le suplico se sirva venir cuanto ántes á la capital para enterarlo del testamento de su señor hermano y ponerlo en posesion de sus intereses, en cumplimiento de la órden superior que para el efecto obra en el oficio de mi cargo.

“Aprecio esta ocasion para ofrecerme á la disposicion de vd. como su afectisimo amigo y atento servidor Q. B. S. M.—*Fernin Gutierrez?*”

Este sujeto es el escribano ante quien se otorgó el testamento. En virtud de esta carta tengo que partir para México cuanto ántes. A vd., Sr. D. Pedro, mi amigo, mi amo y favorecedor, le doy las gracias por el bien que me ha hecho, y por el buen trato que me ha dado en su casa, ofreciéndole mis cortos haberes, y suplicándole no olvide en cualquier fortuna, que soy y he de ser su amigo; y á tí, querido Jacobo, te ofrezco mis intereses con igual sinceridad, y para desenojarte de los agravios que te infirió mi padre negándote á mi hermana por ser tú pobre, pongo á tu disposicion mis haberes con la mano de mi hija si la quieres. Es muchacha tierna, bien criada y nada fea. Si gustas, enlázate con ella, que ya que no es Isabel, es Rosalía, quiero decirte, que es rama del mismo tronco.

El misántropo, ó D. Jacobo, no sabia cómo agradecer á Tadeo su expresion; pero se hallaba avergonzado por ser pobre, y por dudar si seria agradable á su hija, mas éste lo ensanchó dicién-



dole: no es defecto para mí la pobreza donde concurren tan nobles cualidades: aun no eres viejo y creo que mi hija te amará así que yo la informe de quien eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia á Jacobo, y al dia siguiente hizo traer Tadeo un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tan buenos amigos.

A pocos dias me escribieron de haberse casado Jacobo y Rosalía, y que vivian en el seno del gusto y tranquilidad.

Murió á poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera á recibirla.

Con esta ocasion fuí á la hacienda, y tuve la agradable satisfaccion de ver á mi amigo y á su familia que me recibió con el mayor cariño y expresion.

Desde aquel dia fué Anselmo mi dependiente, y yo un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educacion y entendimiento cuando se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisonjero.

Yo me volví á San Agustin y viví tranquilo muchos años.

## CAPITULO XIV,

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia.

**N**O me quedé muy contento con la ausencia de D. Tadeo: su falta cada dia me era mas sensible, porque no me fué fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados, pues el que no era ébrio, era jugador: el que no era jugador, enamoraba: el que no enamoraba, era flojo: el que no tenia este defecto era inútil, y el que era hábil sabia darle sus desconocidas al cajon.

Entónces advertí cuán difícil es hallar un dependiente enteramente bueno, y cómo se deben apreciar cuando se encuentran.

Sin embargo de mi soledad, no dejaba yo de venir á México con frecuencia á mis negocios. Visitaba á mi amo, á quien cada dia merecia mas pruebas de confianza y amistad, y no dejaba de ver á Pelayo ya en la iglesia, ya en su casa, y siempre lo hallaba padre y amigo verdadero.